

## CRONICA DEL COLEGIO

Con su anual exactitud el 8 de agosto nos saludó, cierto martes, desde una hoja del calendario. La suya era una modesta y estirada atención que pudo merecer enorme descortesía, ya que, sin consideraciones para nuestra satisfacción, llegaba, con sus risas de fecha nueva, a avisarnos la muerte de nuestros días de descanso y de libertad; a ultimarnos, apenas cumplido en parte, un bello programa de especial confección, bien que ofreciéndonos el consuelo de un pintoresco álbum de recuerdos de dónde sacar deliciosos comentarios para muchas de las noventa jornadas que de vida estudiantil nos restaban en este año.

Pero no. La visita de aquella fecha imprudente supimos recibirla con rostro de complacencia, y aunque acomodados con dos semanas de justa y contemplada vagancia, ahogamos el pesar que su defunción nos proporcionara para sentir menos fuerte el sacrificio de nuestro encierro y estar, sin tardanza peligrosa, a las puertas de este claustro, a la hora de su apertura.

Las seis y media de esa tarde llegaron sin compasión a hacer nuestro, otra vez, el espíritu severo de esta casa histórica, imponente por su belleza y atractiva por su nombradía.

Con la entrada del último estudiante corrió sobre sus goznes la pesada puerta del Colegio Mayor y, al cerrarse, lanzó, descompasada, un grito de irónica alegría. Terminados estaban nuestros asuetos.

Atrás quedaba la dulzura de una calle llena de encantos, cortada sin cesar por el ruido de los tranvías y la tenaz impertinencia de los automóviles; atrás, la elegancia de los edificios, a cuyos balcones desmayadas colgaban las serpentinas del ridículo carnaval; atrás, el teatro preferido a donde íbamos, en las noches de

vacaciones, a verter nuestra admiración por las damas de la pantalla y a cansar nuestras gargantas con el viva entusiasta a princesas y a candidatas; atrás, el café de nuestro círculo, donde huyeron de los bolsillos centavos en profusión, persiguiendo tinto, pesos en buena cantidad, persiguiendo cerveza, e imaginación, sin objeto, para la charla; atrás, el calor gratis del hogar que nos brindó con familiar acogida, y atrás, también, el grupo de los amigos y el reloj que nos marcaba la hora de la visita.

Sin embargo, conformes abrazamos el sacrificio, porque vosotros, lectores míos, que vivís o habéis vivido la ilusión de la juventud, estaréis de acuerdo conmigo cuando afirmo que es duro el sometimiento a la vida del internado, pero podréis creerme también que, con el entusiasmo e ideales de nuestra edad, no es difícil tornar en agradables los ratos nebulosos que nos toquen en suerte. Basta con que ellos formen parte de los años estudiantiles, de que sólo una vez gozamos, para que cobren risueño aspecto.

Nada, pues, nos rodeaba que no fuera de este Colegio. Un ambiente de claustro envolvíanos totalmente.

La primera bienvenida que recibimos fue la de la campana, esa vieja pieza de bronce que vela por el cumplimiento del reglamento a todas las horas. Su voz, seca y de claro timbre, es la misma que antaño moviera con sentimiento la rica lira del doctor Saavedra Galindo; la misma que congregara a diario, para los actos de este Colegio, a esa legión inolvidable de gente grande que hoy nos sirve de ejemplo; la misma que, si a regañadientes en muchos casos, obedecida es a todo momento.

¡Campanita de este Colegio, grave y sonora, te quiero con ese mismo cariño que se tiene por los ancianos cargados de virtud y merecimiento! Tu voz llevará la impresa siempre en el alma, como la voz precisa que, sin cesar, me grite el cumplimiento de mis deberes.

Cuando en mi Valle ardiente, al caer de la tarde, los badajos hagan tañer la bella canción del *Angelus*, a mis oídos vendrá entonces tu tintinear frecuente que nos anuncia las seis de la madrugada, nos empuja a carrera precipitada por escaleras que, al recibirnos, en terrible caída, romperían nuestra vida con el filo cortante de la piedra de sus peldaños; nos cuenta que han llegado los profesores, ordenando al muchacho que arriba espera que le salude con el nombre de la ciencia que ellos enseñan; nos invita a estudiar, a comer y a gozar del sueño cuando, en la noche, el reloj de la portería ha desgranado sus nueve golpes y medio. Puede entonces ella dormir tranquila, segura de que el señor que a molestarla llega a cada hora goza, a su turno, del descanso debido a sus carreras.

Y a la voz de esa incansable esquila que, obligada, sin duda, estaba diciendo que el tiempo de libertad había concluido, a esa voz, acudirían en tropel, a atormentar la cabeza de los alumnos, recuerdos de los días de vacaciones. A esos recuerdos venía a añadirse el de los preparativos de la partida con sus ilusiones a centenares cuando, en silencio, que tan sólo era de gran *guayabo*, subían los estudiantes al dormitorio a dejar sus maletas y sus sombreros; a desenrollar los colchones que esperaban a sus dueños en una impaciencia de abandono; a llenar de pisadas y de carreras los corredores por donde la soledad recogía sus pasos, hacía una quincena, de brazo con Isaías, el patriarca venerable de este Colegio.

A la mente de los muchachos se presentaba la madrugada del 20 de julio, asustada de cañonazos, animada de cornetas y de tambores y alegre de banderas y de uniformes, resonaban en la memoria los pasos precipitados hacia la estación del ferrocarril y el agudo pitar de locomotoras; la multitud volvía a sus atropellos; molestaban los chicos con la prensa y los cigarrillos; la humareda levantaba sus negras columnas; so-

naban los frenos y partía el tren. Desarrollábanse en la imaginación los paisajes y estaciones de la Sabana: el Quindío y sus precipicios; sentíase en el ánimo la sensación de pisar la tierra nativa.

Las provincias viajaban en la cabeza. Boyacá con sus glorias inmarcesibles; Cundinamarca con sus pueblos sosegados y laboriosos, cargados de aborígenes leyendas; Santander con su ardentía y vigor laudables; Caldas con sus bellas ciudades, modelos de pujanza y de gran trabajo; Huila, mina inexhausta para el arqueólogo, rincón de eficaces patriotas; el Valle, sin par región, tierra de ensueño, patria bendita que llevo grabada en el corazón con signos inconfundibles de embeleso y cariño. Bullían en el recuerdo las horas de Bogotá en esas noches estelares, de mágico artificio, y la fiesta del Estudiante, que de tal sólo tiene el nombre, descogía en inmensa cinta su cursilería e inelegancia y repelía la inutilidad y rudeza de sus regocijos.

Y el pensamiento seguía viajando. Girardot, comercial y rica, pasaba con su antillano aspecto. Como refugio amable del forastero abría Ibagué la vastedad de su parque donde hace borrón la informe estatua del gran Bolívar; presentaba la animación de sus calles, con mujeres admirables por su belleza, Armenia, la joven «Ciudad Milagro»; Manizales se mostraba resucitada de entre las llamas, airosa y modernizada; Cali vestía de fiesta y ocultaba, con gracia que es de admirar, el defecto, plausible en ella, de la soberbia; Popayán, lloraba de decadencia, tendida sobre la tierra gloriosa de los Caldas, de los Torres, los Mosqueras, los Arboledas y los Valencias; Buga, la ilustre «Ciudad Señora», seguía siendo el suave remanso de la tradición y del sosiego, la villa del «Milagroso», devota y grave, el asilo seguro del forastero; Tuluá continuaba su danza de júbilo en la que cantan sin cesar las aguas de su hermoso río; Neiva desplegaba el abanico de sus paisajes, lucía la majestad de su Magdalena, cantaba la

verdura de sus dehesas; el Socorro, de manta y sombrero de paja, arrullada por las aguas del furioso Suárez, dormía el descanso de sus hazañas, mientras Vélez llamaba desde su cerro a probar de sus frutas y sus conservas.

Las novias nos sonreían con un donaire de novia ausente y hacían volver, a la distancia, sus frases últimas cuando en una mañana de sol radiante, de esas mañanas luminosas de las provincias, salían al tren a despedir para Bogotá al alocado e iluso estudiante. Las madres nos bendecían con gran tristeza y las hermanas lloraban de desconsuelo. Todo daba congoja, todo ponía en el alma la nostalgia de horas vividas.

Y en medio a esa procesión interminable de memoranzas volvimos los rosaristas a habituarnos a nuestra vida poco variada. Volvieron los libros a ser nuestros amigos de cada veinticuatro horas y este claustro de nuevo fue nuestro centro, fuera del cual, según juzgamos en nuestros ratos de mejor genio, la existencia no tiene placer ni mérito.

\*\*\*

Llega uno a habituarse tanto a esta vida de familia que es el Colegio, que las penas y goces de los amigos vienen a ser de todos los estudiantes.

Cuando en casa de alguno de los alumnos la desgracia clava su garra, viste el Rosario luto.

Una mañana de nutrido volar de naves aéreas en que el límpido cielo manchado era, a cada momento, con el plata brillante y el verde oscuro de biplanos y trimotores, un telegrama, que en el blanco papel en que venía escrito, no parecía traer tristes noticias sino paz y alegría, con todo, portador era de un doloroso aviso. En Ubaté, plácida ciudad cundinamarquesa, se extinguía, azotada de neumonía, la vida preciosísima de un muchacho de quince años. Era el hermano del pote Nates, quien en estos claustros goza de simpatía y de

aprecio sincero, por su espíritu de compañerismo, su buen humor permanente y su franqueza que agrada.

Dejarlo solo en tan duro trance hubiera sido crueldad incalificable de nuestra parte, imposible comportamiento. Desde luego compenetrámonos todos de su dolor; pensamos en lo terrible que es mirar, desde lejos, el apagarse, sin esperanza, la vida de un hermano querido y, para mayor acicate de nuestro pesar, conjugamos, de veras, el amor que se tiene en una familia por el hijo menor, pues no era otro que el último, el muchacho que daba sus adioses de moribundo al hogar de los Nates Cortés.

Desde esta crónica que tiene por objeto expresar los sentimientos colectivos de este Colegio, digo yo a César, en un tono de amistad grande, que nosotros, sus compañeros los rosaristas, como propia miramos la pena que a él y a su familia cruelmente agobia, que para ellos pedimos al Cielo resignación y hasta Dios elevamos las oraciones por su hermanito.

Y en este mismo párrafo quiero que llegue hasta Ricardo Liévano una frase de pésame por la muerte de su abuelito, ese dulce señor que en toda casa reparte los confites, perdona los castigos, narra los cuentos para arrullar a los nietos.

\*\*\*

En julio disfrutamos del solemne acto que significó el grado de Primitivo Vergara Crespo. De él tuve a bien hacer referencia en mi escrito pasado. En septiembre hubimos igual regalo.

Un joven, coterráneo de este cronista, Alejandro Domínguez, cuya vida de estudiante, llena de méritos, fue un camino de sencillez, aplicación y modestia, eligió el viernes 17 para optar el título de doctor.

Con aplomo, posesión de su tema y desembarazo, el graduando disertó largo rato, resolviendo preguntas y dudas a cada instante.

Su jurado, compuesto de personas notables por su honorabilidad y conocimientos, impartió un veredicto honroso al trabajo del joven doctor. Su tesis comentaba la Ley 28 del año último sobre régimen de bienes en el matrimonio.

En homenaje de cariño y de admiración por Alejandro, vinieron los saludos y los abrazos. Y yo, como alumno de este Colegio Mayor donde logró Domínguez para su inteligencia frutos opimos, lo felicito sinceramente, felicito a su familia y hago para él votos fervientes de éxito completo en su carrera.

\* \* \*

Una mañana el Rosario despertó más temprano que de costumbre. Tan sólo eran las cinco cuando ya la campana con impaciencia llamaba al baño. Aquella madrugada, oscura y fría, no tenía otra ilusión que ser el alba de un día de paseo a Zipaquirá.

Escuetos, sin maletas ni cantimploras que forman el equipo de los muchachos cuando en provincia algún colegio se pone en viaje; sujetos a la comodidad que el Mayor brindaba de llevar en un carro nuestra comida, aunque ello nos privaba del gran placer de marchar al olor de exquisito fiambre que al hombro va colgando, a las siete, ciento veinte estudiantes éramos dueños de un vagón del ferrocarril.

En perfecta algazara, cosa precisa entre la juventud cuando está alegre, y entre risas y cantos, se hizo el trayecto.

Variada grande de cuadros descubrió a nuestro paso Naturaleza. Todos revestidos estaban de las galas de la mañana; todos ostentaban encanto de frescura, de color y de poesía, y todos, a una, decían, elocuentes, la sabiduría, el poder y la bondad divina.

A las nueve dos torres hermosísimas de una iglesia nos anunciaron el final del viaje. A los pocos instantes, el tren detenía su marcha y, en montón, nos lanzamos fuera, en busca de las calles zipaquireñas.

Son ellas rectas, anchas, de grandes piedras que les sirven de pavimento, con casas de antigua data, de lado y lado.

La ciudad es tranquila, callada, muerta. Su silencio grandioso turbado fue por esa incursión repentina de rosaristas, ávidos de verlo todo y de arrancar de su excursión impresiones crecidas y saludables.

La plaza zipaquireña es notable por su anchura. Un campo inmenso es ella, empedrado como las calles, un campo donde luciría bien un parque.

A un costado, la iglesia, copia posible en su exterior de la basílica bogotana, impone la hermosura de su grandeza. En su ocre mole de piedra viven la fe y el fervor de un pueblo.

Por dentro el templo no desdice de su fachada. Allí es admirable la efigie del Crucifijo que pende a un muro. Por su expresión puede ella tener su originalidad entre los pintores. Me la aproplara para ponerla siempre a mi vista, con ese gesto lastimero del buen Jesús, con esos miembros contorsionados en el espasmo de la agonía, con esos brazos, con esas piernas descoyuntadas que hacen pensar en las palabras del rey David.

Ante él Lope de Vega no hubiera dejado muda su inspiración.

A media hora de la ciudad y en las alturas que la dominan están las minas que surten de sal los mercados todos de la República. Cuando se ha tenido el placer de visitarlas deséase igual satisfacción para todo el mundo.

A ellas se llega por una magnífica carretera. La entrada es impresionante pero de una impresión que dura un momento como es de un instante lo acre y mortificante de su olor a que el olfato se acostumbra rápidamente.

Hasta el centro de los socavones se llega por largos y estrechos corredores, cerrados a sus lados, y en su cielo por paredes ricas en sal; recorridos sin des-

canso por vagonetas que transportan fuera, por sobre rieles, la rica substancia e iluminados, en su lobreguez, por bujías eléctricas.

Entrar a las salinas sin conductores es buscar la pérdida. Sus corredores bifúrcanse a cada instante. Ora conducen a sitios sin luz (alguna donde el túnel se hace terrible; ora a lugares donde es intensa la labor de extraer la sal y donde muere de trabajo y agotamiento la salud de cientos de hombres; ora a inmensos salones abiertos en la misma roca y que hacen la admiración de los visitantes.

Los mineros, valerosa legión que vive en los sótanos, deben sentir de veras el horror a un derrumbe, la amenaza de una catástrofe. Quien recorra las minas puede hallar en cada rincón una imagen iluminada devotamente frente a su nicho, hecho allí sobre el muro. Cada altar de esos es fabricado por el minero para honrar a los santos que los protegen en el peligro.

Terminada nuestra visita, con la ayuda de un guía abandonamos los socavones y tuvimos de nuevo el aire, la luz y el calor del sol.

Y emprendimos descenso a Zipaquirá. A un extremo suyo nos esperaba la belleza de un campo dónde comer descansadamente. Sentados sobre la yerba, en un grande ruedo, dueño cada uno de sus platos y su cubierto, en un festejo de chanzonetas y risotadas, cumplimos con el deber de matar el hambre que ya era intensa. La «Kodak» respondió bien de lo original de nuestro plquete.

Eran pasadas las doce del día cuando retornamos al pueblo. Una partida de basket-ball nos esperaba en el Colegio «San Luis», a las dos en punto.

Bajo aquel medio día radiante Zipaquirá dormía su sosiego de siesta. El sol requemaba los muros de la ancha iglesia; caldeaba las piedras de sus calles y chamuscaba la paja de muchos techos.

Una oración de soledad y silencio se elevaba a diestra y siniestra, y fue cortada profanamente por el vocerío de fiesta, el canturrear alegre, el sonero reír de los rosaristas que, en bandadas, recorrían la ciudad. Era el gesto simpático y despejado del estudiante, sin respeto por las costumbres de hace cien años, sin experiencia ni sinsabores constantes.

A su paso todo cambió de aspecto. Los hidalgos se echaron fuera de sus mansiones; los almacenes se abrieron antes de tiempo; los sacerdotes recorrían las calles desde temprano y las damas, endomingadas y sonrientes, pusieron en las ventanás y en las puertas de las casonas su color de gracia.

Todo contribuyó a aquilatar el concepto que teníamos formado de la cultura zipaquireña.

La ciudad, cuna de Belisario Peña, resistió, paciente, el sacrificio de su silencio y dio pruebas de singular hospitalidad.

Sin homenajes estrepitosos, sin bailes, discursos ni comilonas, Zipaquirá supo expresar a los alumnos del Colegio de fray Cristóbal la complacencia por su visita.

Su club se abrió con galantería a los estudiantes, quienes gozaron de los billares en sus salones, donde, de cuando en cuando, la cerveza ponía su efecto, y en la partida de basket-ball los superiores del Instituto «San Luis» fueron cumplidos y caballeros. Para ellos tenemos especial palabra de gratitud por su gentileza.

Cuando a las cinco la orden de partir nos fue dada, a la Estación salieron a despedirnos los sacerdotes misioneros y sus discípulos.

Bajo la impresión de esa última atención, grata como todas las de aquel día, el tren nos trajo presto a la capital.

Impregnados del silencio y la calma zipaquireñas, después de varias horas de estar en ellos, alcanzó a sorprendernos el vocerío y la muchedumbre de que hervía la carrera 7.<sup>a</sup>

\* \* \*

Después del paseo descrito todo ha sido vida de estudio, tenaz y a conciencia. Encima está el fin del año y con él los días terribles de los exámenes.

En el juego, la risa y la displicencia hemos perdido bastante tiempo. Este es otro defecto general en los estudiantes. Hay materias que nos ponen miedo. Para burlar la venganza del desprecio que les hemos hecho y lograr lucimiento frente a nuestro jurado, desde ahora, abrazados estamos a los textos con cariño y con entusiasmo.

No faltarán para divertirnos, sin detrimento de nuestro estudio, números nuevos e improvisados ni estarán quietos en los recreos los más despiertos ingenios de este Colegio.

Así se pasará octubre, vendrá noviembre y con él los sustos, las alegrías, los lamentos, y las vacaciones.

Bogotá, septiembre de 1933.

ALFREDO DELGADO P.

## REVISTA

DEL

### Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—  
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 0.20
Suscripción por año (adelantada)....	2.00
Número atrasado.....	0.30

#### Avisos

1 Página inserción.....	\$ 6.00
$\frac{1}{2}$ » » .....	3.00
$\frac{1}{4}$ » » .....	1.50

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

